

# Breve paseo con Montemayor

Bernardo Ruiz



Fotografías: Archivo Carlos Montemayor

## I

Han pasado cinco años desde la muerte de Carlos Montemayor y me resisto aún a darlo de baja en mis directorios y lista de correos. Sus libros siguen ocupando su lugar de siempre y aún aparecen fotografías nuestras o de él entre mis libros y papeles. Finalmente, hay mañanas en las que sigo pensando que debo ir a entregar mi artículo a *El Heraldo de México*, donde tomaré un café con una serie de personajes que parecen salidos de las “Fábulas pánicas” de Jodorowsky.

Entre estos lotófagos hay personalidades interesantes: Agustín Monsreal, Alfonso de Neuvillate, Humberto Guzmán, Héctor Anaya, Marco Antonio Campos, Antonio Alcaraz, Humberto Martínez, Luis Chumacero, Óscar Mata, Luis Guillermo Piazza. Los fines de año asoma el negro tupé del inmenso Salvador Novo. A veces Luis Spota se aparece unos minutos, aunque por lo general es el hombre invisible. Un día me llama la atención un ensayo de Carlos Montemayor y le pregunto a la asistente de Spota, Lucy Macías, acerca de él. Sonríe con amplitud y suelta un “Ay, manito, es el súper serio de la pipa y los lentes”; me acerca a él y nos presenta. Es el otoño de 1972 y le digo a Montemayor —quien me lleva de ventaja unos seis o siete años y un bigote hipertupido— que su ensayo acerca de Hiriart y su *Galaor* me pareció muy bueno. Carlos me mira de soslayo, se detiene de su pipa y me dice con una casi sonrisa cómplice que lea la siguiente parte el fin de semana. Contrasta la pipa con las botas, parece un ganadero del norte.

## II

En septiembre u octubre de 1974, Héctor Moreno Sánchez le comentó a Óscar Mata que solicitaban candidatos para dar redacción e investigación documental en una nueva universidad pública. En el Rosario, junto a Azcapotzalco, en una recién descubierta región del país, estaban sus oficinas. Nos internamos Óscar y yo por aquellas latitudes y nos encontramos con que uno de los reclutantes era Humberto Martínez, quien a su vez nos pidió papeles y que nos entrevistáramos con Miguel Limón Rojas, quien nos dio el sí y nos leyó la cartilla. “Martínez te llamará”.

El primero de febrero descubrí entre vacas, olores de la Bimbo y aromas del rastro de Ferrería el terreno de la UAM. En el único módulo de edificios estaba la plaza, el edificio de rectoría, escoltado por los de los salones; enfrente, el de cubículos. En el segundo piso pusieron a Ciencias Sociales y Humanidades. Ahí, la que sería nuestra área: Redacción e Investigación. Martínez me dio la bienvenida; en tanto, vi subir un escritorio, una máquina de escribir, un archivero y una silla; acomodaron los muebles en el cubículo de junto y pasamos a saludar a quien sería mi compañero de celda: Carlos Montemayor.

¡Oh, días felices! Nuestras obligaciones se dividían en dar clases, leer y escribir; la vida, por otra parte, se nos iba en éxitos o fracasos amorosos; ver cómo se iba poblando la Unidad; decidir si escogeríamos cada día hábil “sopa o consomé” con

la chica rubicunda de la cafetería y revisábamos lo que respectivamente uno iba trabajando: ensayo, creación o traducción, aquello era un buen taller cotidiano.

Montemayor y Martínez tenían espléndida escuela: Carlos era el discípulo favorito de Rubén Bonifaz Nuño y había estado en el Centro Mexicano de Escritores. Martínez fue alumno de Gaos y el primer estudioso de las religiones que conocí. Carlos a su vez trabajaba con Hugo Gutiérrez Vega en la *Revista de la Universidad* y pedía con frecuencia colaboraciones. Vista a la distancia, aquella época estaba efervescente de grandes nombres y maestros; y poco a poco tuvimos oportunidad de involucrarnos en ese orbe.

Las clases eran por las mañanas junto con las tutorías. Después de comer, andar un poco por el pasillo y de una breve siesta (“¿Ronqué, maestro?”. “No, Carlos, ni un gorgorito; sólo te congelaste”. “Entonces no descansé. Dame otros cinco minutos.”), Montemayor gustaba de leer filósofos, mismos que luego me dejaba de tarea. Los seis años que Carlos me llevaba de ventaja implicaban un número amplio de lecturas de las que me fue descubriendo sus varias aficiones: se sabía la Biblia mejor que un testigo de Jehová, admiraba a Pessoa y a la poesía brasileña, me hizo leer a Bunge, a Merleau Ponty, a Popper y a Jaspers obsesivamente. Junto con el profesor Martínez, su íntimo y antagonista, discutían sobre temas curiosos: el *Corán*, Calvino, Lutero y acerca de diversas herejías medievales; y se encendían; si bien jamás llegó la sangre al río. En nuestras crónicas, Miguel Ángel Flores y yo apodamos a tales conversaciones las de los dos teólogos.

Dado que los viajes a la Unidad eran eternos, nos turnábamos los aventones varias veces a la semana. De tal manera, acabábamos varias veladas en casa de Carlos. Mucho gozábamos que su clóset fuera su cava. Y que, como en el viejo Oeste, tuviera el revólver sobre la mesa de noche. Montemayor gustaba de inquirir al respecto de la vida amorosa de cada cual, y



entre sus manías estaba la de apuntar el teléfono de las relaciones más estables. “Luego hace falta buscarte en la noche”. Tenía razón; aunque su apostilla era toda una provocación: “¿Lo apunto con pluma o con lápiz?”.

Carlos sabía descansar, pero no desperdiciar el tiempo. Durante el mismo periodo que yo tardé en hacer mi tesis, y leer los libros que me sugería para ello —porque él era de los pocos enterados del tema—, él estudió un poco de danés (“Para leer a Hjemslev”). Escribió y reescribió *Mal de piedra*, *Las armas del viento*, comenzó los cuentos de Mortenay, *Abril* y otros poemas, y se apasionó por la lectura y la traducción de Séneca; pero más por la que sería la madre de sus hijas. Uno de aquellos meses hubo cambios: Jorge Ruiz Dueñas fue nombrado Secretario de la Unidad y Montemayor, Coordinador de Extensión Universitaria.

Como funcionario cultural, Carlos apenas cambió; le quedaba el puesto. Pero en muchos sentidos resentí la pérdida de un cómplice y testigo con su talento; aunque

después, todos estos años, nos seguimos frecuentando en comidas y en reuniones.

En particular, Montemayor cuidó de que hubiera un amplio contacto de escritores y creadores con la UAM; compartía con Ruíz Dueñas —como después sucedería con Fernando Salmerón— esta preocupación. Así tuvimos visitantes como Eduardo Lourenço y Lêdo Ivo, Fernando Ferreira de Loanda, Isabel Freire, Bernardo Giner de los Ríos y Jean Meyer, en Azcapotzalco. Y después todos aquellos con quienes junto con él y con Fernando Tola descubrimos. Otros escritores se acercaron a la Unidad Azcapotzalco: Sandro Cohen, Daniel Sada, Humberto Guzmán, Mariano Flores Castro, Vicente Quirarte, José Francisco Conde, Rosina Conde, Margarita Villaseñor, Víctor Díaz Arciniega, Vicente Francisco Torres, Enrique López Aguilar y Severino Salazar al paso del tiempo, entre muchos.

### III

Conforme uno iba vislumbrando las diversas facetas de Montemayor podía sorprenderse de su versatilidad. Amaba el *bel canto* y la danza. Tocaba guitarra, y la cargaba con el gusto con que hoy acunamos celulares. Tenía amistades y contactos en artes plásticas, en teatro e intérpretes y compositores. Así cuando se dio la noticia de que el rector Salmerón lo designaba Director de Difusión Cultural a muchos nos dio gusto que pudiera dedicarse a una locura de esas proporciones. Los tiempos eran apretados y había que aprovechar los recursos para ello. Por lo que se notó, desplegó una actividad vertiginosa.

La fiebre de inauguraciones de 1980 fue intensa: se acondicionó la actual Galería Metropolitana de la calle de Medellín. Se ubicaron ahí mismo las oficinas administrativas y los Departamentos de Edición, Artes Plásticas, Actividades Culturales y Relaciones Públicas. El collar de la reina fue el Departamento de Teatro en la Casa de la Paz, gracias a una negociación con Relaciones Exteriores. José Caballero en teatro y Manuel

Núñez Nava a cargo de la revista y las colecciones editoriales apoyaron a Carlos junto con otra serie de colaboradores.

Me sentí en los cuernos de la luna cuando me invitaron a colaborar en *Casa del tiempo*, número 1, donde con la revisión de Angelina Martín del Campo y de Leonor Tejeda se publicó mi traducción de la *Estética generalizada* de Roger Caillois. Ilustraba Elvira Gascón y el diseño correspondía a Natalia Rojas.

Al siguiente año, por intermediación de Carlos, Juan Bruce Novoa nos invitó a un encuentro internacional de universidades donde por la UNAM iban Rubén Bonifaz Nuño, Marco Antonio Campos y Marta Robles. Por la UAM fuimos René Avilés Fabila, Sandro Cohen, el propio Carlos y yo. El viaje fue demencial: más allá de la estancia en New Heaven y en Nueva York, las pláticas, lecturas y conferencias fueron muy aclamadas. Bonifaz cosechó éxitos por toda la costa este. Campos cantó desentonado sus baladas de rock sesentero por todo el campus de Yale a media noche. Marta nos regañó siempre a René a Sandro y a mí por “raspas”. Montemayor perdió la cartera con sus viáticos y a todos nos sableó en grande y, cabe decir, sin vergüenza.

### IV

En las crónicas de René y en los manuscritos de Bonifaz las referencias al encuentro hablan del grupo Nueva York. Sandro insiste siempre que escribamos la memoria detallada de los hechos, pero ninguno se ha atrevido. Quienes sobrevivimos, aún nos referimos gozosos a los sucesos de aquel noviembre. Nada más. Si bien no éramos unos adolescentes, siempre conservamos algo de ese espíritu festivo, y como decía Rubén, lo que importa es reírnos como locos.

La última vez que comimos juntos, Carlos y yo, me surgió una vieja duda: “¿Volviste a ver a la chica de la disco en Nueva York?”. Alguien nos interrumpió, quería saludar a Montemayor. No volvimos al tema. Se lo preguntaré la próxima vez que lo vea. ■■■